

JUAN JOSÉ PÉREZ-SOBA

**LA CONFESIÓN,
EVENTO DE
MISERICORDIA**

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2016

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN.....	IX
1. Un evento de gracia.....	X
2. La misión de Cristo, un evento que nos redime.....	XII
3. Una palabra de perdón.....	XV
4. El misterio de su origen.....	XVIII
5. La apertura de un camino de salvación...	XIX
CAPÍTULO I. La verdad del perdón.....	3
1. La verdad de la Cruz.....	4
2. Una verdad sacramental y eclesial.....	8
3. Una historia de pecado.....	12
4. La realidad de la redención y la verdad de la gracia.....	17
5. El nuevo nacimiento.....	21
6. En la misión de la Iglesia, el Buen Samaritano.....	23
CAPÍTULO II. Una historia de reconciliación	29
1. En un país lejano.....	31
2. El hambre.....	35
3. La casa del padre.....	40
CAPÍTULO III. La necesidad de un camino....	45
1. El tiempo y la conversión.....	46
2. El camino interno del sacramento.....	49
3. Itinerario penitencial.....	52
4. Desde el misterio del amor de Dios que nos regenera.....	54

	<i>Págs.</i>
CAPÍTULO IV. Contrición: la verdad del corazón	59
1. La verdad de la conversión.....	60
2. La contrición para que nazca un corazón nuevo	62
3. La atrición y las disposiciones insuficientes	64
4. El propósito de la enmienda	67
5. Él lo hace posible, por la máxima justicia.....	70
CAPÍTULO V. La confesión: la fuerza de la palabra	73
1. La confesión de los pecados	75
2. La verdad del pecado.....	79
3. La conciencia y su formación.....	80
CAPÍTULO VI. Penitencia: la transformación de las obras	85
1. Obras de penitencia	85
2. El sentido medicinal	88
3. La virtud de la penitencia	90
4. La alegría de la reconciliación.....	92
CAPÍTULO VII. La reconciliación en la Iglesia	95
1. Como Yo os he amado	96
2. La comunicación del perdón.....	97
3. El perdón a los enemigos.....	98
4. Vivir como hermanos con la Madre de la misericordia	99

INTRODUCCIÓN

«¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y echa a andar”?» (Lc 5,23). Son palabras valientes propias de Aquél que es consciente de su propio poder y quiere manifestarlo con una evidencia abrumadora. Es tal su seguridad que atrae la atención de los asistentes, dejando mudos a los murmuradores que querían situarse como meros observadores y que ahora, interpelados por la intervención del Maestro, se incorporan en la escena como testigos. Los que parecían más reticentes, son invocados como jueces por Aquel a quien criticaban. La escena ha cobrado un giro inesperado y cambia radicalmente. Quienes juzgaban las palabras del oscuro artesano de Nazaret observan ahora con atención aquello que parece estar dispuesto a obrar.

La pregunta única y directa de Jesucristo está formulada con una claridad brutal, no da espacio alguno para la consideración o la indiferencia, sino que por sí misma reclama su comprobación en los hechos que parece que van a realizarse inminentemente. No espera ninguna respuesta, más bien pide a todos los asistentes que se den cuenta de lo que va a pasar de modo inmediato. Hemos de imaginarnos dentro de una situación muy particular: un espacio reducido, el característico de una casa humilde de Palestina, repleto de gente, todos fijos en las palabras del que se comporta ahora como un profeta. El contexto concede una consistencia inusual a las palabras, aquello que va a suceder alcanza

un clímax evidente: va a ocurrir algo extraordinario de lo cual una multitud podrá dar testimonio. O el Maestro triunfa en este envite, o será escarnecido sin piedad y descalificado para siempre. La pregunta que todos se hacen es: ¿se atreverá a decir las palabras imposibles? ¿Llevará hasta el fin la provocación? En medio de un silencio sepulcral resuena la voz imperativa dirigida al paralítico: «A ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla, vete a tu casa» (Lc 5,24).

1. Un evento de gracia

Por vez primera en la historia de la humanidad se realiza de modo manifiesto el perdón de los pecados. Por ello, parece especialmente conveniente tomar este pasaje evangélico como la luz fundamental de un libro que ha de tratar de la confesión, evento de misericordia. En este texto se ven muy claramente las características fundamentales del perdón ofrecido por Cristo que nos permitirán enmarcar adecuadamente el camino que hemos de recorrer.

Pocas escenas pueden contar con esta densidad humana que solo se puede calificar como un *evento*. No siempre nos hacemos cargo de todo lo que implica esta categoría. Estamos excesivamente acostumbrados a medir las acciones por un cálculo de resultados como hechos exteriores, medibles por parámetros objetivos. Aquí nos hallamos ante una realidad muy distinta, *nadie puede observar el perdón recibido* como un dato de laboratorio. Nos hallamos ante una realidad que se escapa de la observación externa. Acontece con tal fuerza que causa la admiración de todos los asistentes.

La acción que se produce es fuente de un significado nuevo que en ella se contiene y solo quien la ha vivido capta esta verdad. Se trata de la transmisión de un valor experiencial que se gusta en el interior y para el que no basta una explicación.

El ofrecimiento del perdón de ningún modo es aquí una conclusión lógica derivada de unas premisas anteriormente conocidas. Más bien era del todo impredecible que ocurriera una cosa semejante. Ni siquiera cabía en la cabeza de los que llevaron al parálítico lo que sucedió finalmente. Tenían fe en que el nuevo rabí pudiera actuar como un médico asombroso y sanara a su amigo. Así lo había hecho con otros enfermos pocos días antes y era el motivo principal de su fama que empezaba a atraer multitudes; pero nunca pensaron que sucediera de esta manera, que el nuevo profeta de Nazaret quisiera poner a prueba un poder directamente sobrehumano que nadie le había requerido. Para todos queda claro que han presenciado la manifestación de algo *nuevo* que brota de la *libertad* del Maestro sin otra razón que la de su voluntad. Es una iniciativa suya que cambia el curso de los acontecimientos y les concede un nuevo sentido. Este modo de actuar hace que los espectadores entren en el secreto de la misión del nuevo profeta.

Lo que ha ocurrido tiene un valor especial: todos los presentes *participan de lo que sucede*. Han dejado de ser meros espectadores de un hecho para ser en parte protagonistas del acontecimiento. Todos los que se hallaban en la casa comprenden muy bien que aquello que presencian les toca en lo más íntimo y les pide un juicio interno sobre el valor de lo que sucede. Ha sido sanado el enfermo, pero ellos son testigos de

que ha pasado algo muy grande. Es un acto cargado de significado que va más allá de un resultado material, lo comprueba el hecho de que se ha transmitido una verdad que permanece en aquél que lo comprende. Quién entienda la verdad de lo que se ha realizado, queda transformado por ello. Si ha captado la fuerza que contiene, la recibe de un modo que no puede sino convertirse en vida.

La escena que hemos procurado contemplar es un ejemplo elocuente de cómo determinados acontecimientos cargados de significado son capaces de cambiar de raíz la vida de las personas. En particular en esta escena se juega la verdad del cristianismo por la cual podemos dar razón de por qué somos cristianos. Como dice el papa Francisco:

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹.

2. La misión de Cristo, un evento que nos redime

El protagonismo de Jesucristo es evidente, quiere cambiar el modo de comprender su primera actuación apostólica. Su modo de obrar tiene el valor de ser una *revelación*. Es, posiblemente una de las acciones en

¹ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n.8. La cita interna es de BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n.1.

donde se pone en juego el *misterio de Cristo* de una forma más elocuente. El silencio inicial con que todos reciben la intervención de Jesús y la admiración posterior manifiestan más fuertemente esta impresión.

El cambio en la escena tiene un objetivo claro: «para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados...» (Lc 5,24). Pronuncia palabras llenas de significado. Habla de sí mismo como el «Hijo del hombre», un atributo mesiánico que utiliza por vez primera, con el fin de dejar en claro la conciencia que tiene de sí mismo. Ha elegido uno de los títulos más oscuros acerca del Mesías, el que se encuentra en la parte apocalíptica de Daniel (Dan 7,13). Esto es, dentro de un mundo simbólico con un significado difícil de determinar, se refiere a una visión de un poder supremo puesto que «su poder es un poder eterno, no cesará. Su reino no acabará» (Dan 7,14), algo muy difícil de aplicar al humilde predicador itinerante. Esta expresión por sí misma, puede usarse como sinónimo a «perteneciente a la especie humana» sin mayores pretensiones. En este caso, se le atribuye un *poder* que pertenece al contexto de manifestación del Mesías, pero aquí significa ante todo su propia *misión* en un ámbito muy diferente al de un reino humano.

Se puede decir que, así como las tentaciones en el desierto (cf. Lc 4,1-13) clarifican el carácter original de su mesianismo, aquí se trata de dejar claro para qué ha sido enviado. Se hace realidad lo que antes había anunciado en la sinagoga de Nazaret al declararse el Ungido por Isaías como especificación de qué significaba «proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18; cf. Is 61,2), la misericordia del Padre se hace presente de un modo nuevo.

La expectación mesiánica era grande en tiempos de Jesús. Los mismos evangelios nos hablan de falsos mesías que revolucionaban el pueblo con promesas de una liberación del poder romano (cf. Hch 5,36-37). Un judío de la época tenía claro que el Mesías sería rey, incluso que podía desempeñar una función sacerdotal (cf. Sal 110[109],4), y que su misión sería reestablecer la Nueva Alianza como una verdad impresa en el corazón del israelita creyente (cf. Ez 36,26). El pueblo sencillo había entendido la misión de Juan el Bautista como una preparación mesiánica, aunque su anuncio y su forma de vida entraran en colisión con los usos de algunos grupos religiosos.

Existía por ello una sensibilidad grande hacia el anuncio de un perdón y de una vuelta en fidelidad a la Alianza como ámbitos en los que se centró la predicación profética sobre la misericordia divina. Este ambiente altamente religioso, pero muy mezclado con intereses políticos y nacionalistas, concede un valor muy grande a las palabras de Jesucristo. La clara subordinación que establece entre curar al enfermo y perdonarle los pecados es una novedad inusitada. Tiene la intención de establecer en el *perdón* lo característico de su misión. San Juan es bien consciente de ello y une el testimonio de Juan el Bautista y la persona de Cristo mediante una expresión con tintes de misterio: la referencia al «cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Los primeros discípulos aceptan desde el principio esta misión única.

En todos los evangelios se aprecia una fuerte intención de calificar el mesianismo de Cristo mediante su identificación con los cantos del Siervo de Yahvé que hablan de la «oveja ante el esquilador» (Is 53,7) y des-

criben un camino de sufrimiento y de sacrificio de expiación. El modo como en este pasaje Jesús pone de manifiesto que ha venido a perdonar los pecados anticipa entonces la verdad de su propia entrega, pues deja en el aire la pregunta: «¿Cómo es que se denomina a Jesús “cordero” y cómo quita este “cordero” los pecados del mundo, los vence hasta dejarlos sin sustancia?»². Nos hallamos ante una pregunta abierta que Él responderá con su vida.

Todo ello es de por sí una gran novedad, pero esta escena se da en lo concreto de *perdonar* a una persona manifestando un poder específico para ello. La misión que podía entenderse en la clave de guiar a un pueblo en el camino de la Alianza, alcanza lo íntimo de la conciencia de cada persona y responde al deseo de purificación de cada corazón, que los judíos habían expresado mediante los salmos penitenciales: «misericordia Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (Sal 51[50],3).

3. Una palabra de perdón

«Tus pecados están perdonados» (Lc 5,20). Posiblemente era la primera vez que se pronunciaban estas palabras, pues nadie en su sano juicio es capaz de decir las. La dificultad para ello no reside en el hecho del perdón. Debemos perdonar muchas veces y en la convivencia humana una palabra de perdón es un bálsamo que abre una esperanza. El Papa Francisco ha recor-

² BENEDICTO XVI / J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret. I: Desde el Bautismo a la Transfiguración* (La Esfera de los Libros, Madrid 2007) 43.

dado que debe ser usual en la vida de las familias para que pueda en ellas residir la paz³. La originalidad está en que Jesús no perdona una ofensa cualquiera, sino los *pecados* como ofensa a Dios. Toma el lugar del ofendido y con sus palabras pronuncia un juicio divino.

Queda claro que el perdón pide una palabra. Es el modo de manifestar una realidad interna que necesita ser comunicada a la otra persona para que se haga realidad. Cualquier ofrecimiento de perdón nace de la intimidad del hombre, del misterio de su corazón. Abre un espacio de acceso a lo íntimo del hombre (cf. 1 Cor 2,11) al que se dirige la palabra como una llamada que requiere una respuesta. Cualquier modo de entender el perdón que no ponga en juego esta intimidad lo está falsificando, no expresará el auténtico contenido inserto en las palabras simples y profundas: «te perdono». Cuando nos damos cuenta que estas se pronuncian de un modo falso, solo formal o aparente, se siente un rechazo inmediato, porque se ha vaciado de su valor una de las acciones más grandes de la vida de un hombre, incluso cuando se trata de perdonar una pequeña ofensa.

Decir «te perdono» es un acto muy peculiar: porque se produce en ella lo más genuino del lenguaje *performativo*: realiza *ipso facto* lo mismo que pronuncia. No se puede decir con verdad sin que, de hecho, se perdone. Participa entonces de la expresividad de los veredictos de un juez que dicta sentencia. El hecho de pronunciarla es ponerla en acción. De aquí que siempre se ha considerado que tales palabras contienen una exce-

³ Cf. FRANCISCO, *Catequesis sobre la familia*, 14, Tres palabras (13-5-2015), se trata de: «“permiso”, “gracias”, “perdón”». Cf. *Id.*, *Discurso a las familias del mundo* (26-10-2013), n.2.

lencia humana muy particular, con una fuerza unida a la justicia. Realizan la justicia de forma eminente. De modo paralelo, en el ofrecimiento del perdón se actúa la misericordia, es como un lugar relevante donde se pone en la existencia.

4. El misterio de su origen

Parémonos a ver primero el *sentido performativo del lenguaje* que nos introduce en el misterio de Jesús. En el caso es que nos hallamos, hablar con verdad no consiste en afirmar algo, sino en que la palabra pronunciada sea capaz de realizarlo. Si el perdón no tiene comprobación visible, es muy fácil pronunciar una palabra que no puede ser falseada. En este sentido, es mucho menos comprometido decir «tus pecados te son perdonados» que atreverse a pronunciar «levántate y anda». Pero otra cosa sucede si se quiere hablar en verdad: aunque para un hombre parezca igualmente imposible pronunciar en un sentido veritativo ninguna de las dos afirmaciones, es claro para todos que el perdón es exclusivamente divino, mucho más difícil de pronunciar que un milagro del que existen precedentes en los profetas. Los interlocutores de Cristo en la escena tienen una concepción precisa y profunda de Dios, del pecado y de su perdón, por ello, han calificado con exactitud como blasfemia las palabras anteriores en la que Jesús se proponía como capaz de perdonar, porque saben a ciencia cierta que «¿quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?» (Lc 5,21). El supuesto profeta nuevo no había invocado el perdón como hacen los salmos, o conjurado a Dios para que lo otorgase en una especie de

pacto con el profeta, pretende hacerlo por propia autoridad, la que tiene su palabra. Ahora es su autoridad la que se va a poner en juego.

Se trata de apreciar el impacto único que tiene Jesucristo «jamás ha hablado nadie como ese hombre» (Jn 7,46). Nos hallamos ante un lenguaje nuevo que llega a lo más profundo del corazón humano. Se entiende muy bien que ante Él: «la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como sus escribas» (Mt 7,28-29). Es la Palabra que hace lo que realiza con un poder creador como el de Dios que rompe con los límites y manifiesta la presencia real de la salvación divina.

Se escucha una palabra que, desde el principio parece que tiene un poder sobre el mal. Puede curar también a los endemoniados por su propio nombre y de este modo extiende el bien de una forma inusitada que despierta todo tipo de esperanzas; el pueblo exclama: «¿qué clase de palabra es esta? Pues da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen”. Y su fama se difundía por todos los lugares de la comarca» (Lc 4,36-37). La radicalidad de vencer el mal en todas sus manifestaciones es lo que une el poder de curar con el de perdonar los pecados de ese modo único de Aquél que es el Hijo de Dios. La mayor de sus expresiones será entonces la palabra que escuchará Lázaro en la tumba, que va a ser capaz de derrotar a la muerte y que no puede sino ser obedecida: «Lázaro, sal afuera» (Jn 11,43).

Jesucristo manifiesta por tanto, como ya indicaron los profetas que «la mano del señor no es tan débil que no pueda salvar» (Is 59,1). El poder de su Palabra es real en este mundo y es capaz de renovarlo de una for-

ma que asombra por su intimidad y su grandeza dirigidos a «dar una vida abundante al hombre» (Jn 10,10). La tensión que la pregunta de Cristo ha transmitido a los presentes consiste en dar a la Palabra un valor divino, es decir, superar incluso la fuerza enorme del oráculo profético, para desvelar el poder nuevo de la Palabra del Hijo del hombre, la única palabra salvadora.

5. La apertura de un camino de salvación

«Para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados» (Lc 5,24). La intención de Jesucristo no puede ser más diáfana, la razón del milagro ha cambiado radicalmente y apunta a modo de acción profética, a la ratificación de un plan de Dios. Toda la novedad de la que hemos hablado antes queda referida a la verdad de la posibilidad del perdón, que es desconcertante. En este sentido, hemos de considerar la singularidad de la dramática de la escena. La atención inicial se centra en la posibilidad de una curación, que inesperadamente no se produce; y se ofrece en cambio un perdón que nadie había pedido. Una vez causado el desconcierto de los presentes, sin solución de continuidad, la autenticidad del perdón requiere la curación como prueba. Por fin, el milagro del paralítico que se pone a caminar con su camilla a cuestas, es el testimonio indudable de la realidad del perdón de los pecados ofrecido por Cristo y señala con ello cuál es su misión unida a la revelación de la fuerza de Dios que hay en él.

Por este sustrato narrativo, se constata que la comparación que el relato establece entre el perdón y la curación no es secundaria, formaba parte de la inten-

ción del Señor el curar al paralítico tal como correspondía a la voluntad de los que lo presentaron con fe (cf. Lc 5,18.20), es más, el mismo evangelista apunta a una disposición precisa para ello de origen divino: «el poder del Señor estaba con él para realizar curaciones» (Lc 5,17), pero su respuesta siempre va más allá de la mera expectativa humana y manifiesta lo que les parece imposible y corrige una visión inadecuada de su persona como simple médico maravilloso.

Aquí está la genialidad de la escena evangélica que rebosa verosimilitud. Son muy frecuentes los relatos de falsas curaciones amañadas por charlatanes astutos entre las que la sanación de un paralítico puede ser un ejemplo típico. Dentro de una multitud variopinta y susceptible de ser emocionada se presenta un supuesto enfermo al que nadie conoce y que puesto en el centro de la escena, permite que el taumaturgo por medio de un recurso teatral lo cure en apariencia, para sorpresa de todos y extensión inmediata de su fama. En verdad, no es otro el resultado de la escena que contemplamos. Lo que es absolutamente distinta es la forma narrativa que acompaña. Lo central aquí no es el milagro de que el paralítico llegue a andar, sino la reivindicación para Cristo de la autoridad para perdonar pecados. Sin esta pretensión asombrosa, el modo de obrar de Jesús no tiene sentido alguno. Cristo reclama para sí un poder tan peculiar, que es fácil de comprender que no cabe en la imaginación de cualquier persona mal intencionada pretender promocionarse en una fama que no le va a dar ningún beneficio. A nadie de los presentes se le ocurría pensar que el Profeta recién llegado quisiera atribuirse tal poder. Era algo desconcertante, porque no ganaba nada con ello a nivel de popularidad. Van a ser muy po-

cos —la pecadora que le unge los pies (Lc 7,36-50) y el buen ladrón (Lc 23,39-43)— los que en su vida pública se acercarán a Él para pedirle el perdón de los pecados. En cambio, con tal pretensión, se ha metido de lleno en un asunto espinoso que previsiblemente solo le acarreará dificultades. De hecho, todo parece indicar que es el principio de una oposición que irá creciendo y que conducirá a su condena: «porque tú, siendo un hombre, te haces Dios» (Jn 10,33) y en la que de nuevo el título de «Hijo del hombre» es el que se atribuye Jesucristo para afirmar que es el Mesías (cf. Lc 22,68).

Hoy sigue siendo un escándalo el perdón de los pecados, no porque no se desee, sino porque no se comprende la mediación humana para poderlo alcanzar. La misión de Cristo tiende a interpretarse en términos de beneficencia, de hacer el bien a personas necesitadas y no con un contenido de *salvación* en el que el pecado y la muerte son los enemigos a vencer porque esclavizan al hombre. El perdón, en nuestra cultura secularizada e individualista, se comprende en términos de immanencia y de *pura conciencia* en donde no cabe la mediación humana. Al final, nos hallamos ante el rechazo de la mediación de la *carne de Cristo*, de la necesidad de una palabra humana y divina que declare el perdón como juez misericordioso. Así el perdón entra en verdad en la historia y asume todo lo humano, penetra en la verdad de la culpa y evita el «gran pecado» del orgullo (cf. Sal 19[18],14), de la tentación de un hombre que quiere salvarse a sí mismo y rechaza cualquier salvador. La salvación que realiza Jesús como Mesías no es de orden político, a modo de la liberación de un pueblo de la opresión; pero tampoco de orden de beneficencia, de ayuda a los que no tienen medios

o son especialmente débiles. La salvación no consiste en una vida sencilla, o la superación de los problemas, aún graves como es de la salud: la *salvación es la comunión con Dios* que rompe el pecado. Afirma así que es éste el peor de los males:

Frente a la divinización fraudulenta del poder y del bienestar, frente a la promesa mentirosa de un futuro que, a través del poder y la economía, garantiza todo a todos, Él [Jesús] contrapone la naturaleza divina de Dios. Dios como el auténtico bien del hombre⁴.

La escena del perdón termina con el asombro de los sencillos, pues nos dice el evangelista: «El asombro se apoderó de todos y daban gloria a Dios. Y llenos de temor decían: “Hoy hemos visto maravillas”» (Lc 5,26). No parece que ocurriera lo mismo con los «escribas y fariseos» presentes (cf. Lc 5,21)⁵. A pesar de la manifestación del milagro, no es aventurado suponer en ellos una reacción semejante a la que se narra respecto de la curación del hombre de la mano seca (cf. Lc 6,6-11). En unas circunstancias prácticamente iguales donde Jesucristo sitúa al que ha de ser curado en medio y pregunta a los circunstantes por el sentido de la acción; justo después del milagro, el resultado es que: «ellos ciegos por la cólera, discutían que había que hacer con Jesús» (Lc 6,11).

⁴ BENEDICTO XVI / J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, o.c., I, 70.

⁵ Comienza la escena hablando de que «estaban sentados unos fariseos y maestros de la ley, venidos de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén» (Lc 5,17), para señalar la importancia de las personas presentes y valorar así el efecto de oposición que se genera.

Esta reacción se comprueba inmediatamente. En Lucas, la curación del paralítico aparece como una especie de introducción a la vocación de Leví y su banquete con «publicanos y pecadores» para manifestar que Jesucristo es un médico especial. De nuevo se da la murmuración en relación con el pecado que, en este caso, se dirige a los discípulos para ponerlos a prueba: «¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?» (Lc 5,30). La respuesta tiene de nuevo un tono tajante respecto de su misión, aunque esta vez en un sentido explicativo: «no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan» (Lc 5,31-32). Es lo que Mateo, siempre atento a destacar el cumplimiento en Jesús de los oráculos proféticos, interpreta desde Os 6,6: «Andad, aprended qué significa “Misericordia quiero y no sacrificio”» (Mt 9,13). La actitud de Jesús hay que comprenderla desde la manifestación de Dios, de ese «conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6,6), el sentido es claro:

Que conozca él mismo [el hombre] que es mortal y enfermo, y entienda que Dios en cuanto es inmortal y poderoso da la inmortalidad al mortal y la eternidad al temporal, para que entienda por las demás capacidades de Dios mostradas en sí mismo y, educado por ellas, comprenda sobre Dios quién es Dios. Así la gloria del hombre es Dios y el receptáculo de la acción de Dios de toda su sabiduría y virtud es el hombre. Así como el médico se prueba en los enfermos, así Dios en los hombres se manifiesta⁶.

⁶ SAN IRENEO, *Adversus haereses*, III,20,2 (SC 211,388-90).

La forma paradójica de argumentar está clara, la misión de Cristo es un sacrificio de misericordia que permite al hombre responder a Dios para unirse a Él. Es el sacrificio en el que el Hijo se ofrece a sí mismo el que nos abre al camino «al trono de gracia, para alcanzar misericordia» (Heb 4,16).

De aquí que la novedad con la que Cristo revela su propia misión de ser el Hombre que perdona los pecados, debe ser siempre la referencia para la misión propia de la Iglesia. En este año de la misericordia, convocado por el Papa Francisco, ofrecemos estas reflexiones sobre el perdón de los pecados y el sacramento de la conversión como expresión de la misericordia de Dios. Esperemos que sirvan para crecer en conciencia de la belleza y fuerza de la fuente de misericordia que renueva a la Iglesia con el fin de que: «La palabra del perdón pueda llegar a todos y la llamada a experimentar la misericordia no deje a ninguno indiferente»⁷.

⁷ FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n.19.